

somos todos en este valle, cuya vereda, que debemos seguir, es aquella que se dirige á la patria. Nunca llegaremos á ella no despojándonos de la pesada carga de nuestros pecados (viles efectos de la humana flaqueza); y entonces pareceremos otros, sin embargo de ser los mismos. Éste es el motivo que me asiste para seguir tal método en esta pintura, porque con sus muertos colores puedo vestir mi espíritu de vivísimas virtudes. Y si poseyéndolas sé conservarlas, ellas me colmarán de eternas dichas, que resultarán de mi tan injusto padecer; que este como sombra pasa, y puede librarme mi paciencia en él, de aquel que por eternidades dura. Más vale entrar en el cielo con solo un ojo, que ser arrojado en el infierno con ambos; y últimamente, es mucho más útil tolerar acá los tormentos que las culpas merecen, muchos años, que estar sufriendo los del purgatorio un solo instante.

A las siete de la mañana estoy ya vestido; y sabiendo vuesa merced que aun en mi libertad no fui jamás inclinado á la superfluidad de las ropas, contentándome con aquellas que solo eran aseo, y no gala, solo decencia propia, y no murmuración ajena,—estando preso, por fuerza he de tener mayor observancia en esto. Nunca ignoré, querido amigo, que el hábito se hizo para cubrir los defectos del cuerpo, no para descubrir los afectos del ánimo; pero noté, con tanta frecuencia de los que lo usan como sentimiento mio, que, con ser hecho para ocultar nuestras flaquezas, en bastantes descubria su ambición. No dice el vestido lo que es el hombre, como sus obras. Aquello puede engañar, mas esto jamás puede mentir. Aquello representa solo al hombre un Narciso, pero sus acciones acreditan su virtud ó declaran su maldad. El que pretende que á su persona se le dé estimación por el vestido, supone es más acreedor á ella el vestido que la persona. ¡Raro pensar de los hombres: anteponer el indigno valor de la ropa á la estimación de sus espíritus! O sean ó no sean estos merecedores de la atención, siempre yerran. Si lo son, porque despreciándolos por cuidar más del traje que de ellos, se hacen dignos del comun desprecio; y si no lo son, por la simpleza de querer sorprender con lo mismo que han de desengañar: pues ni estos advierten que, por más que se vista de oveja el lobo, presto lo ha de dar á conocer su inclinación si se le pone delante la oveja; ni aquellos, que aunque se quiso disimular la mujer de Jeroboam con el vestido de labradora, en el sonido de sus piés llegó á conocerla un ciego.

Una hora empleo en contemplar conforme puedo, si no como debo, no lo que soy, sino lo que tengo de ser. Poco tiempo es para tanto asunto, corto espacio para tanto empeño. Bien lo conozco, pero también que un solo instante de meditación en la muerte ha hecho infinitos santos; porque es el estímulo más aptísimo y poderoso para imprimir en el corazón un vivo deseo de querer vivir siempre (y en efecto, practicarlo con los medios posibles) como se quisiera haber vivido cuando se muere: pues reflexionando lo cierto de la muerte, su incierta hora, la nada de nuestro ser, lo grande de nuestras culpas, y lo recto y justiciero de aquel divino Juez á quien se ha de dar estrechísima cuenta aun de los menores pensamientos,—hace si acordarnos de que somos mortales, y nos pone

presente que podemos ser condenados; y esta sola meditación basta para hacernos perfectos, ya que no por el de la contrición, por medio de la atrición. No ignoro que este, por ser el mayor de todos, no es negocio que en poco tiempo se facilita; quiero decir, que no se logran tan fácilmente los muchos bienes que produce. Pero no es tampoco menos evidente que lo que no se consigue en uno, puede lograrse en algunos dias, siendo la aplicación la que debe; porque para ir río abajo no es menester querer, sino no hacer fuerza para ir arriba. La misma incesante violencia de la corriente tiene facultades para hacerlo; pero aunque atrás no se vuelva, parece monstruosidad si no se pasa adelante; porque el mismo no adelantar puede ser motivo para retroceder.

Muy tibio, no muy flaco (que hay grande diferencia de uno á otro, como diré despues), será, amigo, quien no adelante en la virtud con una contemplación, aunque sea muy corta, del último fin, si cada día la repite. A lo menos se acordará de que no es eterno; que aunque es una verdad tan patente, hay muchos que, según su olvido de la muerte y su entregamiento total á los vicios, se juzgan por inmortales, ó á lo menos no tienen nunca presente que han de morir, que es lo mismo para el caso. ¡Oh simples y desventurados muchas veces, si no abandonais esa que llamais vida feliz, y es desdichada muerte, que os conduce insensiblemente á la eterna! Solo hay un Dios, y solo hay un día, por más que se disfruten muchos; y si este se pierde por un instante, se pierde á Dios por una eternidad.

A las ocho me da mi criado el desayuno, que es el mismo que vuesa merced sabe acostumbré siempre, y lo tomo en aquellos propios términos que á vuesa merced causaba admiración el verlo. Este compuesto hace un todo muy ardiente, y de alguna parte de él (por más que otra sea algo fresca) se puede formar un cáustico muy fino. Tomado hirviendo, causa más provecho que tibio y frío, porque no tiene tanto rigor su fortaleza, por las razones que muchas veces dije á vuesa merced, las que hicieron fuerza á su alto talento.

Hecha esta diligencia, me pongo á escribir hasta las diez en varios asuntos que tengo principados, y quisiera antes del fin de mis dias verlos concluidos. Cuando uno me molesta, elijo otro; con cuyo modo, sin mudar de tarea, me parece encuentro alivio en el propio trabajo, á imitación de lo que acontece al caminante, que con mudar de un hombro á otro las alforjas, le parece muda de embarazo, sin aligerar el peso.

Desde las diez á las once rezo algunas devociones, y desde esta hora á la de las doce leo en buenos y malos autores; porque no hay ningun libro, por despreciable que sea, que no tenga alguna cosa buena, como ni algun lunar el de mejor nota. Catulo tiene sus errores, Quintiliano sus arrogancias, Ciceron algun absurdo, Séneca bastante confusión; y en fin, Homero sus cegueras, y el satírico Juvenal sus desbarros; sin que le falten á Egecias algunos concetos, á Sidonio medianas sutilezas, á Ennodio acierto en algunas comparaciones, y á Aristarco, con ser tan insulsísimo, propiedad en bastantes ejemplos. De unos y de otros procuro aprovecharme: de los malos para no seguirlos, y de los buenos para procurar imitarlos.

«A los buenos y á los malos escritores, decia gracioso-

samente Plutarco, es indispensable halagarlos; á los malos para que lo dejen, y á los buenos para que lo tomen.»

Dadas las doce, se oye el ruido que causa el abrir la primera puerta de la prisión para bajar la comida, que la conduce un criado de la casa, siguiendo á un religioso benignísimo, el cual me hace compañía en la mesa por disposición del Prelado, que me dispensa este y otros mayores beneficios, hijos de su religiosidad y virtud.

Advierto á vuesa merced que, así este como los demás alivios que experimento y diré, son originados de la piedad del prelado desta santa casa; pero se hacen con todo cuidado, para que no los penetre el que fomenta mi prisión, porque en el mismo instante que lo supiera se acabarían: porque, como su ánimo no es otro que el de que el rigor del tormento sea el verdugo de mi vida, por todas partes lo solicita para que yo por todos términos lo padezca. Mas, como nunca falta Dios al que es perseguido de la crueldad, y no de la justicia, además de la tolerancia que me inspira en todos mis trabajos, infunde al mismo tiempo misericordia en los que tienen mi prisión á su cuidado, para que, no siendo esta tan penosa, siga sin tropiezo mi paciencia. Sabe Dios hasta dónde llegan los límites de las fuerzas humanas, y cuando estas pueden ceder agoviadas con el peso de las desdichas, las alumbra con la luz de la fortaleza propia y piedad ajena, para que se recobre el ánimo y se disponga á sentir nuevos golpes de la persecución. Luego, si experimento tanto bien de su divina Majestad, ¿cómo han de consumirme todos los rigores que inventen contra mí mis contrarios?

La comida es muy decente, aunque penosa, por no ser la hora la mejor para mí, por estar acostumbrado á otra distinta, como vuesa merced sabe. Por esto me acuerdo muchas veces de que, preguntando á Diógenes que cuál era la mejor hora para comer, respondió «que para el rico, cuando tuviese gana; y para el pobre, cuando tuviese qué». Siendo yo rico en el particular de tener segura la comida, parecía regular usase de ella cuando tuviese gana; pero, por no repetir impertinencias, la como cuando me la dan, aunque siempre no más que lo preciso para mantenerme, no lo necesario para matarme (a).

No entienda vuesa merced esta voz tan materialmente como suena; que aunque la probaria en el mismo sentido, tiene su objeto en otro más alto.

Siendo muerte toda culpa, y muerte que puede serlo eterna, quiero decir, no como de modo que por la gula la cometa. Por ella perdió Esaú su mayorazgo, vendiéndolo por un plato de lentejas. Unico símbolo del infeliz, que pierde por ella el mayorazgo inestimable de su alma, vendido por un plato tan vil como lo es el que apetece la glotonería. Los que esta profesan, solo viven para comer; pero los templados, solo comen para vivir. De la comida se debe usar como por remedio y medicina de la hambre, no como por regalo

(a) «Si los frailes le hubieran alimentado de limosna, como se sobreentiende de la noticia biográfica de QUEVEDO que da el señor don Manuel José Quintana á la pág. 299 del tomo II de las *Poesías selectas castellanas*, lo hubiera expresado en esta carta.» (Don Basilio Sebastian Castellanos, tomo IV, pág. 318.)

del cuerpo. Sentencia es de Séneca «que la sangría de los buenos es el ayuno». Además que por propia conveniencia, como dice Catulo, no debe comerse mucho, pues para no enfermar no hay cosa como la templanza. Y sigue san Pablo diciendo: «Porque la abstinencia conserva la salud mejor que el regalo.» Este solo sirve de ensoberbecer á la carne, que es nuestro mayor enemigo; y es evidente que el que á su enemigo halaga, á sus manos perece. No darle aquello que desea de la comida es grande mortificación. Esta es muy parecida á la muerte, porque la muerte no tiene partes, y la mortificación no se ha de partir, porque está poco aprovechado el que en un tiempo se hace violencias y en otro condeciende consigo. El pájaro que se ha escapado de muchos lazos, si en uno le cogen, poco le importa que de los demás esté suelto, porque este solo lo atormenta mas en la prisión que los demás en que estuvo inmediato á perder su libertad. No se debe trabajar solo en vencer el exterior, sino en sujetar los afectos, que es lo primero; porque logrado esto, se consigue aquello. Coma el cuerpo lo que le dé, pero no le dé todo lo que quiera comer; procurando vencerle en el deseo de querer más. Ninguna ley prohíbe que el hombre se alimente, porque es justo; pero la de la razón que la da á todas, manda que no se harte; porque, además de ser esto propio de brutos, puede no librarse de culpa.

Entre la comida y un rato de conversacion con mi compañero de mesa y hermano de hábito, da la una. Retírase este y el criado que conduce la comida, cerrando tras sí la puerta primera para subir, que dejan siempre en estos actos abierta, por estar cerrada (y bien, como tengo dicho) la primera para bajar.

Por más que quiera esmerarse la piedad y la confianza, estando observada del poder tirano, ejecuta lo que puede, no todo aquello que quisiera, porque teme que de un efecto de la caridad resulte contra sí un rayo de la aversión. Quiero decir, que aunque todos los individuos desta santa casa son asombro de la clemencia y preciosos lustres de la conmiseración; aunque usan conmigo de mucha, no es toda la que quisieran; porque como saben de dónde y de qué procede mi martirio, temen que su misma misericordia sea para tormento suyo. Porque, como no aspira la crueldad á más gloria que á la de reducir á triste despojo y víctima infeliz de su rigor á lo que aborrece, si aquellos á cuyo cuidado pone este castigo no cumplen á correspondencia de su vil deseo, mas que á miramientos de la justicia, descarga su tirano brazo sobre los mismos que nombró su maldad por ministros ó guardas de su tiranía. Estos justos recelos hace que procedan con tan cautas prevenciones estos mis hermanos religiosos en mi custodia y cuidado; pero al mismo tiempo que llegan á ejecutarlas, la misma violencia que impele para ello á sus piadosos pechos, les hace notablemente sentir las. Ya se ve; como no es posible que la clemencia nativa se asocie jamás con la tiranía natural, obedece aquella á esta con tanta violencia, que en sus mismas operaciones se distingue y observa, por temor del poder, no por efecto de la propia crueldad.

Mi Juan (así se llama mi querido criado) me hace dar cuatro paseos, sosteniéndome algun tanto sobre sus hombros, para hacer menos molesto el embarazo de

los grillos, divirtiéndome media hora en esto, y en referirme (porque no habla mal, aunque no escribe bien) algunos casos que le han pasado, pues aunque de pocos años, ha corrido bastante tierra. Otra media hora gasto en dar á Dios postradas y reverentes gracias por los muchos beneficios que me hace, manteniéndome con toda mi robustez en medio destos quebrantos; en los cuales resplandece tanto la divina Omnipotencia, que siendo el menor dellos aptísimo para quitarme la vida, me la deja gozar con tanta tranquilidad, que puedo decir que jamás me sentí con más fuerzas ni más libre de achaques. Bien reconozco que esto es efecto puro de la infinita misericordia de Dios, pues así como ha dispuesto padezca yo estas penalidades por castigar mis delitos, así también quiere conozca esto mismo, y apague con el agua de la contrición el adusto fuego de la culpa. Lo que me hace decir, en medio de tanto contrario poder como me persigue, lo que me enseña David: «A mí y á Dios venga todo el mundo.»

A las dos me recojo en mi lecho, no tanto para dormir como para pensar, en donde estoy hasta las tres y media, que, si me quedo adormitado, me llama Juan y me levanto.

A esta hora, con corta diferencia, se vuelve á oír el ruido de la puerta primera, y baja el mismo religioso y el criado de la casa, no á otra cosa que á que este administre una buena porción de lumbre al brasero; la que recibo con tanto gusto como la comida, por el mucho frío que aquí se experimenta. Hecho esto, se retira el criado á cuidar de la puerta de arriba, para abrirla y cerrarla á algunos religiosos que les es permitido bajar á honrarme con sus visitas y á instruirme con sus talentos. Regularmente son cuatro los que con frecuencia concurren, aunque otras veces componen mayor número; y aun tengo bastantes tardes la gran satisfacción de que me favorezca con sus visitas el reverendo padre Prior, sugeto verdaderamente recomendable por su literatura, discreción, bondad y desembarazo para todo lo que sea dirigido al provecho y beneficio del prójimo; pues, porque este lo disfrute, es capaz de despojarse enteramente del suyo.

Sentados todos en mi frígido y tenebroso gabinete, que serán ya las cuatro, se tocan distintos asuntos; ninguno pueril ni superficial, todos sí dignísimos de ser oídos, tanto por las conferencias y disputas que sobre ellos se suscitan, por ser generalmente de los más escabrosos y controvertidos, como por las altísimas razones que cada uno produce en apoyo de lo que defiende. De modo que con verdad puedo decir que, aunque compuesta de tan pocos sugetos, es esta una academia tan grande, que de su inspección se ocultan pocas ciencias y facultades; pero tratadas todas con nervio, con elegancia, con juicio, penetración y sabiduría.

Cada día me admiran más las nuevas doctrinas que oigo á mis queridos hermanos; de lo que me resulta aprender muchísimo que ignoraba. Ya se ve; son todos tan sábios, que, con saber tanto, presumen de no saber nada; que es la única y más exquisita ciencia que puede y debe saber el docto; porque la presunción, por más que estribe sobre poderosos cimientos, siempre pareció necedad.

Aunque se tocan bastantes materias, no se habla mucho, porque lo bueno siempre pareció poco, menos

al malo; que á este solo le parece superior lo malísimo, y despreciable lo mejor. No solo no gusta de oír lo bueno, sino que abomina del que lo es, y del que lo dice, y del que lo hace. Y estas tres diferencias no deben tenerse por molesta repetición, sentando que todo bueno dice y hace lo mejor; porque, aunque esto es el que es así, no lo es mirado de otro modo. El que parece bueno en sus obras, puede no serlo en sus palabras; y el que lo fuese en estas, puede no serlo en aquellas. Máxima es esta tan poderosa, que advirtiéndola Séneca, dice: «No tengas por bueno al que lo sea en sus palabras, si no lo fuese en todas sus operaciones; que la sirena para matar halaga.»

Lo que con toda pureza puedo asegurar á vuesamerced es, que si todo el tiempo de mi prisión lo pasara con esta mi amable compañía, haría delito suficiente para tenerla perpétua; porque aquí se registra á la sabiduría tan en su punto, como á la verdad en su altura. Y siendo tan constante lo que dice Séneca, «que de dos males que hay en la vida, que son ignorancia y muerte, es más sensible la primera que la segunda,» parece no deben tener jurisdicción ni imperio los miedos della, á lo menos en los ratos que voy refiriendo, pues todos están empleados en producir, en los que me festejan, los más peregrinos discursos y los más eminentes argumentos, metiendo yo alguna parte del insuficiente caudal de mi entendimiento á ganancias ciertas en tanto abismo de utilísimas agudezas y discreciones. Ya se ve; son doctísimos, y aunque ya no se hace caso dellos, ó porque los ignoran, ó porque son necios los que conociéndolos los desprecian, ó porque la dicha del saber trae consigo el imperio de la desgracia,—es seguro que más obran en un imperio los aciertos de un consejo, que las flechas ni la espada. Tengo de emplear un rato en probar esto, para que sirva de oculto castigo á los insensatos, que lo niegan con tal tropel de confusas razones, que en esto mismo acreditan su sinrazón.

No admite duda que pueden más los discursos que los brazos: porque aquellos, mientras más empleados, más agudos; y estos, mientras más luchan, más se rinden. Así lo entendieron los capitanes de Grecia, y por lo mismo no fiaban solo del valor de Diomedes para registrar la campaña, sin que le acompañase la cordura de Ulises. Pudiera producir destas pruebas infinitas; pero, con otras de superior naturaleza, no tendrán que responder sin temeridad los que á la sabiduría le quitan la preeminencia sobre el valor y las armas.

Cuando quiso Dios darle compañero á Moisés en el mando, escogió sesenta sábios para elegirlo.

Solo pidió Salomón la sabiduría para ser gran rey, porque ella ha logrado más triunfos que las armas. ¿Qué pueden hacer estas, por mucho que hagan? ¿Sujetar con violencia y oprimir con rigor? Pues aquella sujeta con discretas persuasiones de tal modo, que roba los corazones y embelesa los espíritus. Una elegante oración, adornada con todos los suaves precetos de la elocuencia, es una especie de embriaguez tan alta y tan poderosa, que no atrae con más nativo imperio el iman al acero, como ella á las voluntades más opuestas y á las almas más encontradas. «Esforzado serás, dice Dios en los *Proverbios*, si eres sabio y valiente y industrioso, porque sabrás guerrear con disposición ad-

vertida.» Y últimamente, para más inexpugnable prueba, por repetida en otra parte, y aun más al asunto, dice Dios «que es mejor la sabiduría que las armas». Mas, sin embargo, es documento de Pitágoras (y acertado por cierto) que en todo ha de haber un grano de sal; dando á entender que debe ser con «sabiduría el saber». Y yo añado que ninguno debe usar della como el rey don Alonso el Sábho, que, por atender á las letras, se descuidó del gobierno de lo que esté á su cargo. La sabiduría grande es aquella que con su discreción sazona las obras. Si se corre al camino de la perfección sin ella, asiste poco deseo de llegar á él. Con una vez que se tropiece, es suficiente para liarse de modo que se quede sin provecho; porque para volver atrás basta no ir adelante. Si cada día produce menos agua el manantial, no está lejos de secarse. Si el espíritu se detiene, puede de modo resfriarse, que lo que empezó virtud termine en iniquidad.

A las seis administra mi criado el refresco, y sigue despues dél la conversacion hasta las siete, en cuya hora vuelvo á quedar en mi soledad y encierro. Desde ella hasta las ocho y media rezo; empleándose en lo mismo mi Juan, que es muy bien inclinado, y por ello de mí mucho más querido. A esta hora trae la cena el criado de la casa (y más lumbre para el brasero), acompañado de mi compañero de mesa. Cenamos, siendo yo en esto muy parco, como á vuesamerced le consta, y tenemos despues alguna conversacion bastantemente útil; porque, aunque no hay potro que haga hablar mas que una mesa, aquí tienen poco lugar sus fuerzas. Apenas dan las nueve vuelven á bajar, si no todos, algunos de los mismos que me visitan por la tarde, y otros diferentes religiosos. Formamos entre todos (siendo yo el lego en todas inteligencias) una general academia de las ciencias y artes, teniendo precisión cada uno de resolver la duda que en cualesquier materia y facultad á uno ó á todos se le ofrezca; en cuyos discretos y profundísimos aprietos (que se buscan de intento) se oyen cosas muy preciosas, y algunas que merecían esculpirse en bronce.

A las diez y media se retiran todos, y me pongo inmediatamente á escribir hasta las doce. Gasto despues media hora en contemplar la grandeza de Dios y la nada del hombre, asunto que ilustró siempre á mi torpeza, para reconocer á fondo mi miseria.

Presumo que es la cama mi sepultura, y procuro con toda mi posibilidad tener un gran dolor de haber ofendido á aquel Señor tantas veces. Pero sabiendo que su divina Majestad recibe con su infinito amor al pecador arrepentido, pongo todo mi esfuerzo para estarlo, entendiendo es aquella la última noche de mi vida.

Concluida esta admirable meditacion, me desnuda y ayuda á entrarme en el lecho mi criado. Recógese este en el suyo, y como están los dos tan inmediatos, me divierte con su conversacion hasta la una, en cuya hora empiezo á entregar mi vida á la jurisdicción del sueño, verdadera imagen de la muerte.

Regularmente duermo hasta las tres y media, en cuya hora despierto; y siendo la ociosidad madre de todos los vicios (lo que, habiéndolo conocido así, apoya Séneca, diciendo: «De ningún delito, por atroz y infame que sea, se librará el ocioso, pues este es un vicio

tan detestable, que se puede llamar el productor de todos»),— empleo la hora que hay hasta las cuatro y media, en la que vuelvo á quedarme dormido, en leer; teniendo Juan muchas veces que levantarse á encender ú á despavilar la luz.

Este género de estudio es el que más me aprovecha, pues el silencio de la hora, la aplicacion con que lo ejercito, y el ningún ruido ni alboroto que pueda distraer la atención desta subterránea habitacion, disponen se imprima tan fuertemente en la memoria cuanto leo, que es como imposible se escape della en muchos años lo que una vez recoge. Gracias á Dios, que siempre me ha favorecido con esta alta potencia; que si fuera mi entendimiento igual, no produjera las públicas ignorancias que siempre en sus productos se experimentan. Ya veo que el ser en todo grande fuera grande monstruosidad. Conténtome con no ser tan pequeño en todo, que no pueda servir de algun provecho en algo. Esto de tener mi paciencia y mi conformidad desembarazadas para resistir las desdichas, y el ningún júbilo que las felicidades me causan, no es despreciable; y últimamente, si el mayor discreto es aquel que sabe labrarse el eterno bien, no soy muy necio, pues puede darme este el mismo sufrimiento que para todo me asiste.

En efecto, á la referida hora de las siete estoy ya vestido, y empiezo á ejercitar el mismo género de vida expresado; pues, como aquí ni se muda de habitacion, ni se varia de sugetos con quien tratar, aun cuando sean diferentes las inclinaciones y distintos los pensamientos, no pueden dejar de ser siempre unas las operaciones, por más que se cambien en parte las palabras (a).

Esta es, amigo mio, la puntual pintura que á vuesamerced prometí. Esta es la vida á que me tiene reducido el que, por no haber querido yo ser su privado, es hoy mi enemigo con tanto tesón, que pareciendo cosa rara en sus años, es efecto propio de sus intenciones.

Lo que en la juventud se aprende, toda la vida dura; y el camino ó descamino della es la carrera para la vejez; y como dice Eurípides, «mal puede sazonar el otoño lo que no floreció por mayo.» Por esto no llega para todos la vejez á un tiempo: algunos nacen ya viejos, no porque sea en ellos breve la edad, sino porque se anticipan al tiempo en las virtudes. Por las muchas morales suyas, mereció á los veinte años de su edad el consulado Valerio Corvino. Pero lo que admira más es, que siendo tan constante que á la ancianidad no le queda otra cosa que hacer que el arrepentimiento de lo que fué en la juventud, haya hombres

(a) De esta carta resulta una inexactitud en el medio que dice y asegura Tarsia empleó QUEVEDO para alejar á los importunos de fuera, que supone le iban á divertir, con lo que expresa consiguió librarse de sus visitas. Y si no dijese lo contrario QUEVEDO, aun debería ponerse en duda, en atención á que en el estrecho encierro en que se le tenía, no podía permitir el prior de San Marcos visitas de personas extrañas, de las que se ve no habla nuestro autor. En vista de esto, permitásenos dudemos tambien de que comiese QUEVEDO en refectorio un día de festividad con los frailes, como tambien dice Tarsia, y de todo lo que cuenta de semejante comida; pues que, ó debió suceder al salir de su prisión, ó no se concibe cómo pudo ser en la estrechez con que se le guardaba, y estando cargado de hierro por temor de que se escapase. (Castellanos, *Obras de Quevedo*, tomo vi, pág. 321.)

que, olvidados desto, ejerciten en su más que madura edad las acciones vengativas de aquel formidable odio que en la mocedad engendraron. Ni quieren conocer que si el jóven puede morir presto, el viejo no puede vivir mucho; ni que de jóvenes escapan todos los que llegan á viejos, pero de viejos, ninguno. Claro es que no conocerá esto el que casi no conoce á Dios, por aquella tibieza con que observa, ó no guarda, por mejor decir, sus preceptos, y en particular el primero y el quinto; aquel, porque mal puede amar á Dios quien á su prójimo aborrece; y este, porque su único deseo es ofenderlo y arruinarlo.

Equivocan algunos ignorantes esta tibieza con la flaqueza, siendo así que distan mucho, tanto como de uno al otro extremo. Esta puede ser virtud, pero aquella siempre es culpa. Gran dolor necesita el tibio, y solo mucha humildad el flaco. La tibieza es falta del ánimo, la flaqueza efecto de nuestra miseria. Al tibio aborrece Dios, y del flaco se compadece. De aquel, y no de este, se lee en el *Apocalipsis* que le vomita Dios. A este Señor, de quien dice Isaias que no mata al lino que humea ni acaba de quebrar la caña cascada (vivas representaciones del flaco), nos le pinta san Juan tan aborrecedor del tibio, que le lanza de sí como vomito.

Mas dudando yo hubiese alguno que mirase más por otro que por sí, reflexiono agora que estos tibios en amar á Dios, pero en perseguir al prójimo fuertes, lo hacen con propiedad: pues en el mismo injusto padecer que á este motivan, miran más por él que por sí propios, pues lo que en ellos es culpa, será en aquel mérito si lo lleva con paciencia. Esta es la llave prodigiosa labrada con las mortificaciones (que causa la aversion con que nos tratan y castigan los que mal nos quieren), que abre las gloriosas puertas del cielo, donde nos asegura una corona de dichas eternas, que se mereció tolerando una vida de trabajos y asechanzas continuas.

De todos mis contrarios puedo librarme, como no sea tibio en obrar bien, porque á los desta especie ya los tiene respeto la crueldad, porque la exceden en todas sus operaciones. No es discurso mio, que el mismo Dios lo dice. Luego mal podré desembarazarme de mi enemigo cuando es todo aquello, y si cabe, mucho más; que ni cabe en la voz para pronunciarlo, ni tiene ámbitos el papel para escribirlo. Bastante lo siento, no tanto por lo que paso, cuanto por lo que él se pierde; porque no es otra cosa para quien obra contra el prójimo, que labrarse su eterna perdicion en el mismo mal que á este motiva: pues del daño que le ocasione resultará la ruina que le precipite.

Yo sé muy bien que desde cualquier rincón se puede saltar al cielo, porque en la resignacion consiste la bienaventuranza. Padezca yo enhorabuena su rigor, sienta su poder, castigame su brazo y aniquíleme enteramente su crueldad; que, por más lastimado y rendido que me deje su odio, más quiero, como me enseña Cristo, perder un ojo para entrar en el cielo, que ser arrojado en el infierno con ambos.

Lo que creo y pienso es, que mientras más trazas perniciosas y ardidés depravados fabrique para duplicar mi tormento, de aquella misma punta con que me hiera nacerá la rosa que me corone. Dios es gran consolador del triste que lo busca; y así como el

jardinero que quiere más fragante el rosal suele cercarle de la basura de más desapacible olor, así tambien aquel Señor entonces quiere más al hombre cuando le ve en mayores persecuciones, manifestando su humildad en tolerarlas.

Lo que hoy sufre el perseguido premia Dios mañana, disponiendo se descubra su inocencia y la maldad de sus enemigos. No fien estos del secreto ni del poder, porque nunca dejó de hacerse pública la culpa que cometen algunos por cómplices, siguiendo al que la ordena por cabeza. Aunque este y aquellos la callen, los brutos la publicarán. Boca tendrán las paredes, lengua los mármoles, y ya se sabe que tienen eco los techos, como dice Juvenal. Sentencia es de Dios, en el *Eclesiastés*, «que las aves darán voces, y con las plumas de sus alas escribirán la sentencia de los delinquentes.» Aunque gentil, habló Séneca como un san Pablo cuando dijo: «Necio es, por sábio que sea, el que cree que, por oculto y rebozado que esté su delito, no se ha de hacer público á todo el resto de los hombres; el mismo sigilo con que conserve su delito ha de hacer reviente el pecho que lo guarda, ó que lo vomite.»

Dió Filidas la muerte á su hermano Artufo con el ansia de heredar á su padre Ritursio. Este fratricidio fué tan secreto, como que aconteció estando Filidas, al parecer, aunque despues resultó lo contrario, muy enfermo. Y habiendo amanecido Artufo con dos puñaladas en su cama, en nadie menos que en Filidas ponía Ritursio la atencion para indagar quién fué el cruel brazo que á su hijo primogénito dió cruel y traidora muerte. Mandó no dijese nada desta á Filidas, por no duplicar con la pesadumbre el accidente fingido, que el infeliz padre tenia por verdadero. Todas diligencias se hicieron; pero no se descubria el agresor, por más que discurría la cautela y el cuidado de descubrirlo. Mejoró Filidas, porque ya vió se iban resfriando las memorias de tan lastimosa tragedia. Pídele un día á su padre le alargue las chinelas para salir un rato de la cama. Tómalas el buen viejo para dárselas, y advierte que en la suela de la de la derecha estaba pegada una sortija que siempre trajo consigo su querido cuanto desgraciado hijo Artufo, y no se le halló cuando se le encontró muerto. Recuerda este hallazgo su sentimiento, y este prontamente avisa á su cuidado. Registra con todo el que pudo aquella y la otra chinela, y halla en esta dos gotas de sangre, que al instante inflamaron la suya, por serlo aquella misma. Y en el mismo instante, atropellándose los discursos unos á otros, juzga con verdad que el reo es su hijo, siendo otro hijo el muerto. «Artufo traia siempre consigo esta sortija (decia para sí Ritursio): yo se la vi la noche de su desgracia. No se le halló cuando cadáver, al paso que Filidas no pudo pisarla á no haber entrado en el cuarto de Artufo, porque este no entró nunca en el de aquel. Esta sangre de la otra chinela, ¿quién duda es la mia, por ser la de mi Artufo? A este hijo mio mató Filidas, mi hijo, por avaricia. Pues sea instrumento de la muerte de Filidas su padre; que en esto vengará con su sangre á su sangre, y hará recomendable esta accion á la justicia.» Dióle las chinelas á Filidas, y partió á referir el caso al Senado. Aseguróse á Filidas; y como el traidor siempre es cobarde, no tuvo otra cosa

que responder sino confesar su delito, y sufrir por él la pérdida de su vida, á que justamente lo sentenciaron.

Por estos ó por otros semejantes inesperados trámites se descubren siempre las traiciones y las crueldades. Nada me lastiman, aunque con rigor me ofenden, los que conmigo las causan, porque no quiero ser de aquellos malos que solo temen la fama, sino de los pocos que solo respetan sus conciencias. Y es evidente que sin gran trabajo no se compra una gran fama.

Comprenda vuesamerced, amigo mio, por qué modo tan raro espero la satisfaccion del castigo que paso, sin merecerlo por lo que me culpan, como largamente expresé á vuesamerced en mi anterior. Lo que ejecutan conmigo ha de pasar (y aun creo será peor) con los que lo motivan. Preciso es que experimenten en sí el mismo mal que ocasionan á su prójimo, porque está muy mal con Dios quien con aquel no está bien.

Cierto Licurgo queria vengarse de Manlio, porque era justo en su profesion, cortándole las cepas de una viña; y del mismo airado impulso para ejecutarlo, resultó su castigo, pues él proprio se cortó un muslo. No pueden faltar las sentencias de Dios, y tiene dicho esto mismo en distintas partes.

Así como espero la remuneracion de mi tolerancia (que pido á Dios sea en descuento de mis gravísimas ofensas contra su Majestad divina), así tambien aguardo se mejore la enfermedad de mi tormento, aun en el tiempo en que menos lo solicite. No hay tempestad sin bonanza, ni hambre sin satisfacerse. La rueda desta que llaman fortuna siempre está en movimiento continuo. Los que están en la eminencia de su rueda, solo deben temer, aunque no lo temen, el caer; el abatido no lo puede estar más si tocó el último grado de la infelicidad, como á mí me sucede. Por lo mismo solo aguardo de una á otra vuelta subir; porque si el dichoso ha de temer verse infeliz, el infeliz bien puede esperar verse dichoso.

Todo esto tiene más superior objeto que el que se representa. No es esta dicha que digo las que en este destierro se disfrutan, sino aquellas que en la patria se gozan. Infeliz soy en extremo por haber ofendido á Dios; pero si á este conocimiento acompaña el debido dolor, y el prometimiento constante de la enmienda, es indispensable que llegaré á ser dichoso eternamente.

Al poner este punto se oyó abrir la puerta primera de mi prision para bajar la comida, pues aunque en esta hora no acostumbro escribir, sino leer, como llevo dicho, hoy quise concluir esta que principié ayer; lo que ejecuto, diciendo solo aplique vuesamerced todos sus esfuerzos, sus máximas y entereza para percibir y comprender clara y distintamente el orden que se guarda en mi causa; pues, como no se me ha oído en justicia, penetro no se han fabricado otros documentos que justifiquen las culpas que me acumulan (tan voceadas como no cometidas), que aquellos que llevaron á los reales oídos el rencor, la malicia y el engaño y la cautela. No siendo esto así, á lo menos se me habia de haber tomado confesion; porque sin esta circunstancia, no es visto ni hay disposicion legal que lo permita, se imponga el castigo á quien presumen reo. Y aun cuando esto esté justificado plenamente, la confesion

es el indispensable requisito para dar curso y exámen y sentencia definitiva al proceso.

Avíseme vuesamerced de cuanto pueda descubrir en este asunto, y en los demás que le tengo encargados, pues me precisa disponer un escrito para el Rey, que creo me sirva de mucho, y lo dirigiré á las reales manos por las de vuesamerced; y no puedo ejecutarlo sin semejantes noticias.

Quedo tan de vuesamerced como siempre, rogando á Dios guarde la vida de vuesamerced muchos y felices años, sin enemigos crueles y poderosos, que será suma complacencia para su verdadero amigo de vuesamerced. — *Quevedo*.

## CARTA CXII.

Carta moral é instructiva que á don Francisco de Quevedo Villegas dirigió Adán de la Parra, su grande amigo, en respuesta de las dos antecedentes. (a)

Amigo, dueño y señor: Satisfago á las dos elevadísimas de vuesamerced, en cuya primera me refiere la causa cierta de la prision que padece, y en la segunda me pinta la habitacion que le sirve de cárcel, y la vida que en ella pasa. Una y otra causaron en mi alma los más poderosos efectos del júbilo y de la tristeza. Aquel por ver á vuesamerced, como racional abeja, sacando miel de lo amargo; porque entonces se aliña más el alma, cuando con paciencia se resisten los trabajos que injustamente buscó la enemistad al cuerpo. Y esta, porque cuanto vuesamerced experimenta de tormento, paso yo de martirio.

No siempre lo antiguo tiene ganado crédito de verdadero.

Que no hay amor sin provecho,  
Ni amistad sin beneficio,

dice un antiquísimo lema; pero, ó es falso, ó no habla con aquellos, si difíciles de hallarse, estrechísimos y inseparables vínculos (si se encuentran) con que une á las almas la amistad. De la mia no sé decir más que lo que de la suya dijo Diógenes estando enfermo su amigo Casio: «No estoy bueno, dice, porque mi amigo está malo.» Entonces tendré yo consuelo, cuando vuesamerced no tenga penas. Por lo mismo, no es otro el interés de mi amistad, que de buscar el bien de vuesamerced, quien no está obligado á agradecerme, porque todo el que trabaja para bien suyo, aunque de él resulte conveniencia á otro, no está obligado á agradecimiento, sin embargo de que goza del beneficio; pues aquel que se lo proporcionó, no lo hizo con atencion ni miramiento al extraño, sino con referencia á sí propio. A este modo, cuando yo solicito y deseo el total alivio de vuesamerced, es por propia conveniencia mia, pues pende en conseguirlo quedar yo libre de congojas. Cuando vuesamerced lamenta, es cuando yo suspiro; mas cuando se alegre, será cuando me complazca. Aunque no sea más que por esto, me precisa desear no tenga vuesamerced que padecer, pues así no tendré yo que sentir.

(a) La insertó Valladares muy mutilada en el *Semanario erudito*, á la pág. 91 del tomo I. Pero yo fijo mi texto con ella y un manuscrito de la biblioteca particular de su majestad la Reina, que tuve ocasion de ver detenidamente en casa del señor marqués de Pidal, autorizado para disfrutar aquellos preciosos tesoros literarios.